-na guerra a favor de *ningún* Estado, en *ninguna* circunstancia y bajo *ningún* pretexto, sin contradecir de lleno con sus actos los principios esencialísimos de la Anarquía, sin dejar de ser tal anarquista.

Y no se me diga que esta afirmación tan rotundísima es discutible. Hay autores que no *pueden* discutirse, por ser lumínosísimamente patrióticos. Su evidencia imposibilita todas las dudas. Prestarse a discutirlos es embarullarlos y dar señales de debilidad e inconsciencia. Pretender su discusión demuestra la obcecación más irreflexiva, por lo menos. En lo ostensible, en lo basamental, no son admisibles los términos medios, los circunloquios, las ambigüedades, las desvirtuaciones ni los juegos de vocablos; no cabe más que ser o no ser.

Discutir si un anarquista puede ser soldado por su voluntad, es lo mismo que discutir si un anarquista puede votar, puede ayudar al mantenimiento de la propiedad privada, puede bautizar a sus hijos, puede ser alcalde, gobernador, ministro, juez o guardia civil.

En sana lógica, aceptada la discusión de lo primero, es inexcusable aceptarla de todo lo demás. Discutir lo uno y lo otro equivaldría a discutir los fundamentos integrales de la Anarquía. Y ponernos a discutir nosotros mismos, entre nosotros mismos, lo fundamental, lo integrador de nuestro propio Ideal, de nuestra propia filosofía, de nuestras propias convicciones, sería pasarnos bochornosamente al campo enemigo, sería anularnos, sería destruir por nuestras manos toda nuestra labor, sería dar la razón a los que nos combaten, sería castrar la grandeza de nuestros incomparables principios, sería crear un anarquismo *parlamentario* y *circunstancial* que no merecería ni el nombre de tal, sería prostituir el anarquismo, sería caer en la confusión, en el caos, en la locura.

Por ese camino de convencionalismos, de componendas y de claudicaciones, de pandemonios, se metió hace tiempo el socialismo colectivista, y nadie desconoce ya su desnaturalización y su fracaso, puestos muy de relieve con motivo de la guerra presente.

Para evitar que el anarquismo llegue a correr idéntica suerte, seamos voluntariosos y perseverantes en el afianzamiento y determinación de la verdad, no permitiendo que esta cuestión, elemental y llana pero grave, sea adulterada y trastornada, sacándola de su terreno debido, de su clarísima simplicidad.

Sean pocos o muchos, genios o medianías, los inconsecuentes y sus defensores, sostengamos cuantas veces resulte necesario, sin temor a calificativos, ni a tiracuindas, ni a enredos, que el guerrear en apoyo de una patria *cualquiera* es por entero improprio de anarquistas.

Sostengamos también que esto es axiomático y que nos produce amargura superlativa y nos choca en exceso el tenerlo que constatar, frente a quienes se nombraron y se nombran anarquistas.

Yo nunca habría creído, si ahora no lo viese, que hubiéramos de encontrarnos en la tristísima necesidad de proclamar cosas tan sabidas, tan rudimentarias, tan palpables, tan primordiales, tan perogrullescas; cosas en un todo incontrovertibles, que daban por seguras en la mente de todos los anarquistas; cosas tan remarcadas, tan perennes, tan inatacables, tan universalmente reconocidas, que su sola repetición me parecía y me parece la más vulgar de las vulgaridades.

¡No hemos sustentado los anarquistas, siempre, siempre, siempre, de modo franco y taxativo, contra los socialistas estatales, *la no intervención* en *nada* que pueda contribuir a conservar el Estado, *cualquier* Estado? ¿Es que esta base inicial del anarquismo dejó de serlo, o que los Estados francés, inglés, belga y ruso dejaron de ser tales Estados? ¿Es que los anarquistas que tomaron las armas en defensa de un Estado, no se convierten en soldados de dicho Estado, no contribuyen a la conservación del mismo? ¿Es que los elementos genésicos y capitales de la idea anarquista no son ya sólidos, inmutables, inconfundibles y esplendorosos? ¿Es que la entraña del anarquismo va a sufrir modificación, en virtud de un decreto, aunque éste sea dictado por escritores de fama, como Kropotkine y Malato? ¿Es que vamos a desdecirnos, a rectificarnos, a consentir en ser amarrados por el reformismo, irreconciliable enemigo nuestro? ¿Es que se va a trasmutar el anarquismo en algo remendable, inconsistente y frívolo, susceptible de apaisamientos, de modas, de circunstancialismos y de evoluciones? ¿Es que se quiere empezar a confundir nuestro criterio con el criterio burgués, autoritario y religioso? ¿Es que un cambio de actitud en Kropotkine y Malato, basta para reducir lo principal a secundario y para elevar lo secundario a principal? ¿Es que las libertades de este o de aquel Estado, que fueron *siempre* para *todos* nosotros una ficción, se han vuelto de pronto realidades tangibilísimas, por la sola razón de ser sus defensores, mediante las armas, unos cuantos seres que se llaman y llaman anarquistas? ¿Es que ya no hemos de considerar guerra como el foco de todas las maldades, de todas las ruinas, de todas las bestialidades, de todos los crímenes, de todas las iniquidades, de todos los furores; sino como la antesala o el puente de la Revolución Social? ¿Es que en Francia, Inglaterra, Bélgica y Rusia, ya no existen, o no existirán después de la guerra, el salario, el capital, la autoridad y la religión en sus múltiples aspectos? ¿Es que el frenesí homicida ha de perturbarlo todo, por el hecho de haber perturbado ya algunas cabezas hasta ahora bien equilibradas? ¿Hemos de consentir que sea corrompida la pureza del Ideal y rebajado éste hasta mudarle en una especie de partido político?

De ninguna manera. No y cien mil veces no. Para bien de todos, y ello me alegra reciamente, son pocos los anarquistas caídos y sus defensores. Pero aunque fuesen muchos, aunque la fiebre bélica fascinara en demasía, no faltarán de fijo algunos cerebros serenos y viriles que no perderán el juicio, que sabrán recordar y vitalizar siempre los principios cimentativos de la Idea, que podrán resistir la avalancha, que señalarán el error e impedirán la falsificación de la verdad, sin arredrarse por nadie ni por nada.

En cuanto a mí, declaro, con la mayor sinceridad, que si todos los anarquistas de Tierra y Libertad seguido ahora al Kropotkine guerrero, yo me habría sentido con fuerzas bastantes para quedarme solo, completamente solo, pensando con Pi y Margall que "en todas las grandes crisis de la Historia, un hombre solo ha tenido razón contra toda la Humanidad"; afirmando sin vacilaciones que anarquista y militar expontáneo de un estado *cualquiera*, son términos en un todo contradictorios y repelentes, y que intentar siquiera el concordarlos constituye, a todas luces, el colmo del disparate, o el colmo de la malicia; dejando pasar el chaparrón de improperios que se dignasen dirigirme los conversos al guerrerismo y los moralizantes; asegurando que no es posible, sin enloquecer, tratar de discutir si una y una son dos, si el Sol alumbra, si el agua moja, si el fuego quema, si el anarquista puede, en *ningún* caso, cooperar con armas o sin ellas al apuntalamiento de Estado *alguno;* repitiendo sin cesar y a todo pulmón que los anarquistas somos los aristócratas del pensamiento humano, residentes en la más alta cima de la verdad, por lo cual no podemos descender poco ni mucho, bajo pena de suicidio moral; y arrostrándolo todo, hasta la muerte—y cien muertes si cien vidas tuviera—antes que emporcarnos las manos con ninguno de los instrumentos de los carceleros, los sedores de las fronteras, de la autoridad, del capital y de la religión.

¿Que los anarquistas seducidos o claudicados y sus abogados, se obstinan en continuar diciéndose anarquistas, usando de malabarismos, de exaltaciones pomposas y de impresionalismos frasearios de la Musa? No nos importa. Llamarse y que nos llamen anarquistas, es cosa fácil. Dar pruebas de serlo, es ya un algo más difícil. Y esas pruebas se dan con obras, más que con palabras. En consecuencia, encomendamos a las obras y al tiempo el demostrar quiénes son los anarquistas reales y los ficticios.

J. M. BLAZQUEZ DE PEDRO
Colón (Panamá).

Y... la fiesta se repite

Y con el ceremonial de costumbre, penetró en la imprenta donde se edita TIERRA Y LIBERTAD, un señor que es delegado de la autoridad, otro, que es escribiente de la misma, otro, por si hacía falta, y dos más con flamantes uniformes, cuya elegancia queda deslucida por el fúnebre y antiestético casco, imitación al que llevan los judíos que en las procesiones de Semana Santa dan escolta a la *Mater dolorosa.*

Hecho el registro y las operaciones de rúbrica, *la procesión* se traslada en el mismo orden de formación, a la redacción de este periódico, donde se repite la suerte y quedamos enterados de que ha sido denunciado el artículo "Liaga social", publicado en el número anterior, y del que es autor el compañero José Castellví.

Y nosotros anotamos... una denuncia más.

Entre los vencidos

He ido a la ciudad y me he propuesto visitar todos los antros del vicio y de la miseria, los prostíbulos y los garitos, vivir un fugaz momento entre rameras y vagabundos, entre las desgraciadas y los ex hombres, para buscar entre ellos un poco de dignidad, de lucidez, de sentimientos, de todo eso que la sociedad les ha robado, arrojándolos después, inclemente, al margen de la vida.

Habían despertado en mí este deseo los libros de Gorki, ese poeta de la estepa cuya pluma, agilmente esgrimida, a veces parece mojada en lágrimas y en sangre...

Mis deseos se han cumplido. He vivido unas horas de intenso sufrir entre la escoria de la ciudad; mi corazón se ha sobrecogido a la vista de tan lacerantes dolores.

Sin embargo, es necesario descender a esos fondos sociales tan bajos, tan sucios, tan nauseabundos, ver a jóvenes que de pasada venden su cuerpo para acallar el hambre de los suyos, que ya hace tiempo no trabajan, que han vendido ya todos los muebles, que sólo lo que ella ofrece quedaba por vender... Hombres agobiados por todas las enfermedades prestándose a los más bajos menesteres, perdido el sentimiento, la dignidad, la sensibilidad, todo lo más hermoso inherente al ser humano. Mujeres de aldea que vinieron a servir en casas grandes y que al tiempo salieron de ellas con un hijo; otro vencido. Rameras sin domicilio, enfermas o recién salidas de los hospitales, mendigos harapientos, niños escrofulosos, con ojos huyidos y tristes, que parecen interrogar al Destino. Seres sucios, anónimos, arruinados, tristes, sórdidos; montón informe de miseria que se arrastra por calles combas como una boa, pendientes como un calvario; monstruoso conglomerado de carne que, estando viva, huele a podre... Caravana inacabable de trágicos semblantes, muecas epilépticas, toda la fealdad horrible de la miseria en su trono de apoteosis; sufrimientos acerbos, hedores de sentina, todo un conjunto macabro que produce un horror infinito. Precisa, repito, que descendamos a ver todo esto para que brote en nuestro cerebro y en nuestro corazón una fuente inagotable de rebeldía.

En los garitos se amontonan hombres de horrible catadura, cabezas greñudas y hocsas, estropeadas, al parecer, de algún manicomio; rostros idiotas, sucios, desesperados; se oyen imprecaciones, gritos, carreras, ruido de monedas que se esconden.. Alguien llega. ¡La policía! Todo estaba ya oculto. No ocurre nada... Mis tarde una navaja ha brillado un momento, relampagueante, y se ha hundido en el corazón de un hombre. ¡Bah! Uno menos, exclaman los presentes.

Cerca de los prostíbulos hay casas de dormir para los vagabundos. Son muy baratas y, no obstante, en las buenas estaciones no viene ninguno. Sólo en el invierno acuden a resguardarse del frío. En el verano duermen al raso, bajo un puente o junto a un árbol. En esta provincia forman legión estos seres; se encuentran en todos los caminos, andando pequeñas jornadas, siempre con el zurrón a la espalda. Los hay un poco filósofos y sus razonamientos nos aturden a nosotros, que en el transcurso de nuestra vida turiniros que ambolarnos a las circunstancias, un tanto acomodaticias e indignas.

Un día me dijo un vagabundo:

—Nuestro continuo caminar es penoso, pero la inefable alegría de ser libres nos alienta. Un día y otro nos levantamos con la aurora y andamos hacia adelante, hacia el horizonte, que siempre guarda para nosotros el dolor... pero rendimos culto a la diosa Libertad, adorable y por nosotros adorada.

Estos vagabundos se burlan de nosotros; dicen que somos pequeños, que estamos roídos por una infinidad de ínfimas pasiones. Acaso tengan razón.

Al penetrar yo en la casa de dormir se burlaron de mí. No me incomodé.

Decían:

—Un hombre ha venido. ¿Qué querrá de nosotros? ¿Vendrá a ofrecernos su caridad? No la queremos. No es averguenza que nos den voluntariamente unas migajas de sus sobras. ¡Que se vaya! ¡Fuera!

Les expliqué mi visita. Entonces se acercaron a mí como los chiquillos se acercan a una persona que les reparte confites. Ellos duermen ahora aquí porque llueve y nieva, pero ya en la primavera no se encierran; les agrada acostarse en las playas, cerca de los arrullos del mar, y en lo alto de las montañas donde el viento los acaricia. En las capitales hay edificios destinados para ellos, pero les repugna visitarlos; hay allí mucha quietud, mucho silencio; no pueden gritar, entonar canciones melancólicas, silbar a imitación de los pájaros, que son sus mayores alegrías, las que les consuelan en el rodar de su vida errante, por entre las fiores, pero acechados siempre por el inextinguible dolor.

—No queremos que nuestro cuerpo se resguarde bajo esos techos, que nuestra hambre se aplaque en esas mesas, que nuestro cansancio repose en esas camas. Son ofrecidas, pagadas por los que no los han arrebatado todo, y no somos tan indignos para admitir esas limosnas, que justificarían en parte el desprecio con que se nos mira pasar por las anchas vías de las ciudades. Preferible es dormir bajo un banco, recibiendo impasibles la lluvia, la nieve o la escarcha.

—A veces nos ofrecen su lecho nuestras compañeras de infortunio, las prostitutas. ¡Lecho manchado por la ignominia, por la infamia! No de ellas estas manchas ni las nuestras. ¿Quién sabe de dónde provienen?

Habló ahora uno solo:

—A mí, recién nacido, me arrojaron en un torno silencioso que, al girar, hace varios veces de una boca de monstruo por la que entran y están pasando vidas. Mi amante es una muchacha bastante joven. Todavía no hace seis meses que empezó a venderse. Tiene a su madre y dos hermanitos pequeños; se morían de hambre y ella, con su cuerpo, los ha salvado. La sociedad se escandaliza de que haya tanta viciosa. Tiene un rubor muy extraño la actual sociedad. Nos mancha y después nos señala con el dedo. Llegará un día en que se le pedirán cuentas, y al levantarnos los manchados por sus suciedades, ¡ay de los vencidos!

. . . . . .

Encontré lo que buscaba. No son los hombres los malos, son las instituciones. El día que las criaturas no se abandonen a merced del viento, revueltos en tantas pasiones morbosas, dejará de haber degenerados.

Tratemos de que así sea y laboremos en este sentido.

DIONYSIOS

Contestando

Voy viendo muchos pareceres relacionados con la claudicación del maestro Pedro Kropotkine de las ideas anarquistas, por aconsejar en sus cartas, que debemos, toda persona que ame un poco la libertad, empuñar el fusil para rechazar la agresión de los alemanes, considerándolos, según él, el retroceso de la civilización.

Poco fuerte me considero para emprender una polémica, y menos para refutar al que fué mi maestro con sus libros y folletos, tales como «La Conquista del Pan», «Campos, Fábricas y Talleres», «Palabras de un Rebelde», «A los Jóvenes», etc., etc.

Pero no dejo de comprender que, no sólo él, sino quien de anarquista se precie, y esté de acuerdo con él (me refiero a lo de aconsejar que debemos coger el arma todos, hasta los niños y los ancianos), deja de serlo; primero, porque todo anarquista, de empuñar las armas, debe ser para otra cosa que la guerra presente: para acabar con este estado de cosas, para la revolución social.

Y segundo, porque a los anarquistas nos obligan a tener sin cuidado que gane la Triple Entente o la Triple Alianza, porque, gane la que quiera, el trabajador siempre estará igualmente explotado por el capital. Referente a la libertad, hay muchas naciones que la tienen de nombre. ¿Me podrían demostrar todos los que están conforme con las cartas del que fué nuestro maestro, que en Francia, con ser república, tiene más libertades el pueblo, que en Alemania con su imperialismo, o en Rusia con su autocracia? De Inglaterra no digo nada, porque la considero igual en todo a la de civilización, que se lo pregunten a los indios, y últimamente al Transvaal.

Y si vamos a buscar la causante de esta guerra, resulta culpa tienen unas como otras Y sino, pruebas. Tengo un periódico a la vista, de hace unos siete años, en el que leo que llamó la atención Alemania a Inglaterra y Francia, advirtiéndoles amistosamente que no traten de averiguar a quien corresponda la supremacía de Europa, que no se meterían en su política para nada, que el día que lo hacían rompería las amistades que tenía y las aplastaría a las dos juntas.

Conque, trabajadores del mundo, laboremos por la conclusión de esta guerra bárbara y sangrienta, y si los gobiernos se oponen, entonces y sólo entonces es cuando debemos de empuñar el arma, pero no para defender a unos o a otros, sino para asegurar la paz, para implantar la Anarquía.

Este es el parecer del grupo: *Ni dogmas ni sistemas.*

Dowlais.

Mientras dura el estrago

Puesto que nada mejor podemos hacer ahora, discutamos.

Pero discutamos serenamente, decentemente, sin suscitar infundadas sospechas en los motivos de los contradictores. Discutiendo así, sí no podemos llegar a un acuerdo, conseguiremos al menos aclarar la naturaleza y los límites del desacuerdo. Y esto será útil para cuando llegue el momento—y llegará ciertamente—en que será posible obrar con eficacia y nos encontremos unidos, en el terreno de otros hechos concretos, con muchos de los cuales estamos hoy en franca oposición sobre el hecho de la guerra europea.

Empecemos eliminando los artificios polemísticos y los juegos retóricos, que pueden servir para confundir o irritar a la gente, pero que no demuestran nada.

A nosotros revolucionarios que creen útil la participación en la guerra a favor de la alianza franco-anglo-rusa nos prodigan a nosotros que, fieles a la idea y a la táctica que defendían antes de la guerra, somos, no ya neutrales, pero sí enemigos de las dos partes beligerantes, el calificativo de fósiles y dogmáticos. Podríamos responder de la misma manera y seríamos iguales, iguales en la capacidad de injuriar, y en la falta de razones serias; puesto que el hecho de haber cambiado o no de opinión no es suficiente para demostrar que uno esté en la verdad o en el error. ¿Qué dirían nuestros contradictores, que son adversarios irreductibles del oscurantismo religioso, si se les llamara fósiles y mustiamente por parte de los que, desorientados por la guerra, han sentido en ellos reanimarse el atávico misticismo y se han puesto a festejar con los curas?

Así, pues, aquellos que, arrastrados por la fiebre "guerrerista", han variadamente modificado las ideas que profesaban antes, aman llamarse los progresistas, iconoclastas, heréticos, despreciadores de la multitud misoneísta, y se dan el aire de gente progresiva que, bajo el estímulo de los trágicos acontecimientos contemporáneos, han dado un paso adelante, hacia nuevos horizontes intelectuales. Es una actitud siempre simpática a los revolucionarios, pero en el caso actual no responde a la verdad. Aunque tuvieran razón en renegar de sus antiguas convicciones, lo mismo estarían en el error al creerse renovadores. Ellos se han puesto en oposición con sus respectivos partidos, que después de todo no son más que pequeñas minorías; pero para resaltar hombaje a las creencias, a los respetos, a los sentimientos atávicos que desgraciadamente guían todavía la gran mayoría del pueblo. Se han rebelado a las "fórmulas" socialista y anárquica, pero para retornar a ideas y estados de ánimo que creían haber sobrepasado. En sustancia reconocen que se habían equivocado—y quien reconoce y confesa los propios errores es persona respetabilísima por su capacidad de corregirse y por su sinceridad, pero mal pretendería pasar por herético y rebelde.

Una opinión es justa o errónea por sí misma, independientemente del hecho de ser nueva o vieja, y de ser profesada por un número grande o pequeño de individuos. Discutamos, entonces, en sí mismas las razones que nos separan de los intervencionistas.

En cuanto a las injurias vulgares y al lenguaje sucio, en que se complacen algunos polemistas de uno y otro campo, permítanseno no tenerlo en cuenta. Eso no prueba más que el mal gusto y la mala educación de quien lo adopta, y no merecería siquiera ser notado si no fuese por el girón de rencores que deja detrás.

***

Nuestros amigos intervencionistas (hablo de los amigos, esto es, de los que en la intervención a favor de Francia y de Inglaterra ven una necesidad de defensa contra el despotismo tudesco y un medio para abatir el militarismo y crear un ambiente de libertad favorable a la lucha por la revolución social, y no ya de los *guerrafondai* que aspiran a sustituir un imperialismo por otro y que nos son tan odiosos como los déspotas de Berlín o Viena) nuestros amigos intervencionistas, pues, parece no comprendan las razones verdaderas de nuestra igual oposición a las dos partes combatientes. Y creen que nosotros, ciegos y sordos a todas las razones por las cuales el mundo marcha por una vía que no responde exactamente a ningún programa ideal, sacrificamos la realidad a las "fórmulas", y, no pudiendo realizar la anarquía directa e inmediatamente, preferimos quedar inertes. Juicio este en verdad extraño cuando es dado por quien nos conoce y sabe como hemos combatido siempre toda filosofía fatalista y adormecedora, partiera ella del campo socialista o del campo anarquista.

Afirmamos que somos hostiles a los gobiernos de Francia e Inglaterra como a los de Alemania y Austria, porque entendemos que todos los gobiernos son opresores y se esfuerzan por demostrarnos que, si es verdad que todos los gobiernos son malos, verdad también es que no lo son todos en igual grado.

Es una vieja cuestión que, malgrado las impresiones del lenguaje corriente, debiera ya ser clara para los conocedores de la idea y de la táctica de los anarquistas.

Sabemos perfectamente que la diferencia existe; y no es necesario hacer muchos esfuerzos para persuadirse que es mejor ser puesto en prisión que ser colgado y que estar en prisión un año es mejor que estar diez. La razón de la diferencia, más que en la forma de gobierno, está en las condiciones generales, económicas y morales, de la sociedad en el estado de la opinión pública, en la resistencia que los gobernados saben oponer a la invasión y al arbitrio de la autoridad; pero ciertamente también las formas, que son la consecuencia de las luchas sostenidas por las generaciones pasadas, tienen su importancia en cuanto constituyen un obstáculo más o menos potente en las luchas contemporáneas. Y es misión del historiador estudiar objetivamente los hechos y sus causas; es misión suya decirnos, por ejemplo, que en la edad época en Francia se era más libre que en Alemania, que en un dado país bajo la república se era menos coartado que bajo la monarquía.

Pero la misión nuestra, de nosotros que luchamos por la libertad integral y que sabemos que todos los gobiernos deben por su ley de vida oponerse a la libertad, es la de abatir el gobierno y no ya de mejorarlo; como decían, por lo demás de que, también del punto de vista reformista, este es el medio mejor para obligar al gobierno a hacer concesiones, y es el sólo que permite aprovechar las concesiones sin paralizar la lucha y sin comprometer el porvenir.

En la práctica, para nosotros el peor gobierno es aquel bajo el cual nos encontramos, aquel contra el cual más directamente combatimos.

Cuando los cosacos de Italia asesinan a los manifestantes, invocamos la revuelta contra ellos y contra el gobierno que ellos sirven; y no nos detenemos a pensar que en Rusia en semejantes circunstancias habrían asesinado un número mayor de *compañeros!*

A esta sola condición, de mirar siempre adelante, de aspirar siempre a lo mejor, es posible ser revolucionarios y progresistas; de otro modo sería necesario estar contento de todo, porque se encuentra siempre un lugar en que se está peor que donde estamos, una época en que se estaba peor que ahora. Sería el estado de ánimo de aquella vieja que, habiéndose roto una pierna, daba gracias a Dios por no haberle hecho romper las dos. Y este es el estado de ánimo de todos los conservadores sinceros, que renuncian a lo mejor por miedo a lo peor, y no quieren caminar hacia el porvenir por temor al retorno del pasado.

No es verdad, pues, que nosotros ignoramos las graduaciones y la relatividad de las cosas humanas. Estamos siempre prontos a prestar nuestro concurso a todo lo que, según nosotros, constituye un progreso, a todo lo que nos avecine a nuestra ideal de justicia, de libertad, de solidaridad humana. No queremos, para llegar al caso concreto, dando fe a los discursos oficiales, apoyar los gobiernos de Francia e Inglaterra que no solo son ellos iguales liberticidas, sino que con la escusa de abatir los tiranos de Berlín y Viena, nos quisieran poner al servicio del déspota ruso.

***

Yo comprendo la impaciencia generosa, la necesidad de actividad, la ardiente esperanza que han velado el intelecto de ciertos compañeros nuestros, y admiro aquellos que, voluntarios, han ido a arriesgar su vida, porque es siempre admirable el que se sacrifica por una causa que cree buena. Pero el respeto y la admiración que siento por ellos no me impide lamentar lo infundado de las esperanzas de los unos, la inutilidad y el daño del sacrificio de los otros.

¿Qué puede producir en la guerra presente la victoria de una parte o de otra? ¿Qué puede producir de tanta importancia que induzca a los revolucionarios a ponerse de acuerdo con los elementos más retrasados de sus respectivos países, libreprensadores a fraternizar con los curas, socialistas y sindicalistas a poner de un lado los antagonismos de clase, antimilitaristas a pedir que un gobierno llame bajo las armas a los ciudadanos y los obligue a marchar a la guerra, anarquistas a colaborar con el Estado?

ENRIQUE MALATESTA

(*Continuará*).

Coincidiendo el próximo número con la celebración del Congreso Internacional del Ferrol, será dedicado a la paz, publicando en primera plana un magnífico grabado de nuestro compañero Fermín Sagrista.

No hay que arriar el político pabellón...

Compañeros de TIERRA Y LIBERTAD.

Después del comunicado del Consejo Federal de la Región, publicado en nuestro periódico y relativo a la *campaña* eleccionaria que los socialistas *se traen* en Tolosa, el semanario *Avante* se ha callado como un difunto, tal vez en la suposición de que peor es meneallo.

Ha hecho bien *Avante*; el estercolero político huele mal y es mejor no revolverlo demasiado porque se correría el peligro de que el pestilente *aroma* alcase del antiestético torneo a ciertas personas de buena fe que aun comulgan con el socialiero credo.

Hemos de hacer constar empero que estas líneas no van directa ni personalmente contra el camarada De Francisco, director de la marxista hoja, a quien conceptuamos un buen amigo y cuya conducta es de todo punto explicable si se tiene en cuenta sus aspiraciones a la concejalía de Tolosa y su lógico interés en que aumente la grey obrera que les *Apoya*.

Esta vida original en que hay que defender a todo trance los garbanzos...

No obstante, conste que en Tolosa los socialistas son una minoría innócua y que ese proletariado no ve con muy buenos ojos el repugnante ajo aceite de las elecciones, de cuya famosa *lucha* nos ha llegado más provecho que una muy bien eslabonada cadena de engaños y decepciones.

De Francisco lo sabe perfectamente... La política, los concejales, los diputaditos, el juego a la democracia, el tute de a cuatro del capital... Es una *cola* que enerva las virilidades del pueblo haciéndole concebir una imposible reparación...

Pero iqué vamos a decirle de estas cosas al director del *Avante*, que está algo más bien enterado que nosotros mismos! Lo que ocurre es sencillamente que el camarada De Francisco ha sido preparándose con mucho trabajo y desde mucho tiempo en Tolosa, un risueño porvenir *representando* a los trabajadores en el Consejo municipal y lanzando a los cuatro vientos de la publicidad una hoja popular y *defensora* de los intereses generales, desde cuya situación, como concejal y periodista tenía hecha su carrera de ascensión a las alturas sociales donde están asegurados defintivamente los garbanzos y el tocino. ¿No es así *compañero*?

¡Oh! por nuestra parte, puede usted continuar sin *desmayos* la *cruzada* emprendida, porque, a lo sumo, no pediríamos a usted nada más que un poquito de franqueza una vez ya en la cumbre, y decir a sus electores —si puede usted por fin hallarlos— que son unos imbéciles ignorantes y que se vayan con sus peticiones y murgas a otra parte.

Pero le costará a usted algún trabajillo la *conquista* de derechos con su instalación en el Concejo. En Tolosa hay muchos antipolíticos... más de los que usted se imagina, y como los candidatos se han mostrado siempre de los electores, se han disgustado y echado a perder el truco.

Efectivamente, el trabajador de Tolosa se ha inclinado hace tiempo en favor de las teorías anarquistas y la acción directa de resistencia de los organismos obreros, por cuanto esta táctica ha aportado y sigue aportando beneficios y mejoramientos continuos y despeja el horizonte hacia cuya finalidad se acerca el proletariado, y aunque se centuplicasen los esfuerzos del socialismo por inducir al pueblo a las elecciones, el fracaso sería siempre el mismo y en proporción ascendente.

Además, el socialismo ha evolucionado en masa hacia la democracia y colabora actualmente con el capital en la gobernación de los pueblos, motivo bastante para que éstos se separen del socialismo definitivamente e icen bandera anarquista de emancipación.

La política, para los que aspiran a su personal encumbramiento, y el capital para quienes se sienten aún con alma de tiranos.

Cónstele así al pueblo de Tolosa, como al del mundo entero.

Grupo "Los Libres"

San Sebastián.

Crítica y lecciones de la guerra

Para reunir datos que avaloren la crítica que la razón quiere hacer de los que ayer defendían ideas generosas y hoy se sumen en el caos amenazador de la actual epopeya, nos parece oportuno hacer resaltar sus contradicciones, pretendiendo, con su bella dialéctica, aducir argumentos que justifiquen la inminencia de la lucha.

Si el espíritu que campea en los discursos de los que hoy sacrifican la conciencia humana estuviera destinado a combatir el mal que se lamenta, la lógica aparecería serena, pero la vemos entre brumas y, a pesar de la erudición que se emplea, las deducciones son falsas.

Afortunadamente, en medio de los dolores que ocasiona la catástrofe, se vislumbra aún la esperanza fundada en los lirismos más halagüeños alientan en el pecho de los bravos, que hoy se sacrifican por la patria y que prometen para mañana dar su vida por la revolución.

Si los hombres tuvieran un poco de cordura no se dejarían arrastrar por estos espejismos. Opondrían a toda tentativa guerrera y a toda represalia su ansia de vivir; pero por algo se titula el hombre el rey de la creación, y para demostrarlo verdaderamente necesita ser incomparable en crueldad a los animales que cree inferiores, y así asentar su poder sobre la tierra, diferenciando sus instintos naturales de conservación y selección inherentes a la vida organizada y haciendo una amalgama de las absurdas contradicciones en que, por la civilización, se debate la humanidad.

¡Qué progreso y qué civilización se pretende defender!... Ante el criterio político que impera en el mundo pueden discutirse ciertas premisas, pero ante la razón que indaga el origen de todas las discordias están demás ciertas pretensiones. Y es grande necedad el propalar que el mundo del trabajo, sobre el que pesa la ignorancia y las cargas sociales que impone el Estado, puede ganar algo con la guerra. Vencedores y vencidos sufrirán las consecuencias de su brutalidad.

Desde el punto de vista del antagonismo de los intereses que entran en juego, esta guerra no difiere de las pasadas ni probablemente diferirá de las venideras. Si imperan las ambiciones capitalistas, que se resumen, según opiniones imparciales, *en el ansiado desquite por parte de Francia, la rivalidad entre Austria y Rusia en los Balkanes, la situación de Alemania, que no podía dejar se aplastar por sus vecinos, y la tradicional política inglesa, enemiga acérrima de toda nación que intente competir con ella el dominio de los mares y rivalizar en industria y comercio.* Estas son las múltiples causas del conflicto en el que se dan a luz las más chavacanas contradicciones. Así, por ejemplo, las naciones que dicen combatir por la democracia contra el imperialismo, no teniendo otro fuerte para oponerse a la tremenda e incalculable bajeza de los teutones, tienen que recurrir a los ejércitos mercenarios y aventureros de pueblos semisalvajes, que, sin duda, están convencidos de la necesidad civilizadora que persigue Europa. A lo menos, los bárbaros germánicos, para defender y extender su poderío, se bastan por sí solos. La organización, su técnica, su espíritu unitario no lo deben al acaso, sino que puede servir de ejemplo demostrativo de lo que puede la preparación, o sea la energía de la voluntad educativa. Teniendo, pues, conciencia de su fuerza, no duda en pidiéndole la Alemania, que tiene facultad razonadora, que el conocimiento científico insuperable, que ha extendido en la civilización el racionalismo calculado de su filosofía y que va derecha a su destino sin valerse de la hipocresía. En cambio, Inglaterra, *cuya divisa es oprimir al débil y arruinar en lo posible al fuerte*, aparece como la salvaguardia del comercio internacional, siendo así que no pretende más que afirmar su real y abrumador imperialismo, al que sostienen, con tendencia a aumentarlo, si es posible, todas las naciones vapuleadas por el antaño.

Bajo la consideración política, éstas son, a grandes rasgos, las causas de la contienda. De su fin, nada preciso sabemos, sino que el militarismo se afirmará y la reacción será más dura si los conscientes no oponen su energía. No debemos olvidar la previsión de los gobiernos, que ponen a buen recaudo a los que pudieran perturbar el orden. Por ser ellos los acaparadores de todos los medios, cuentan con una organización potentísima, y valiéndose del soborno, la delación y el espionaje, establecen sus defensas. Así se comprende que Francia haya ahogado las fuerzas revolucionarias que la amenazaban y haya tenido buen cuidado de hacer premeditadas selecciones. A la línea de fuego habrá enviado muchos de los que podrían mañana ser arrastrados a la revolución, a los obreros de los grandes centros. Quedando así éstos descongestionados de los parias peligrosos, habrá un contingente de privilegiados y lacayos dispuestos a formar un dique contra los que intentaran levantar la protesta. Aún se efectúa, brutalmente, la formación y el incremento casi mundial que empiezan a tener esas asociaciones que, bajo el nombre de muchachos exploradores o *boy scouts*, encierran el más acendrado patriotismo y una táctica defensa del privilegio.

Esperemos aún grandes sorpresas de la guerra y veamos con horror que ésta es el prólogo de otras más horrendas que acaso nuestra generación no las conozca, pero que no por eso dejan de ser fatales. Hoy Rusia es aliada de Francia y acaso mañana se lance sobre Europa para conquistar los mares que necesita para su industria y comercio, que se desarrollan más cada día. Por su extensión, que es mayor que la mitad de Europa, y por su población absoluta, que la hace el tercer Estado del mundo, puede considerarse el peligro que supone en el régimen del capitalismo. Detrás de este pueblo esclavo aparece aún otra más terrible amenaza, la de la raza amarilla. Ya sabemos los enormes progresos que el pueblo chino ha hecho en pocos años, sobre todo en el armamento de sus ejércitos. Con sus 400 millones de habitantes y sus 40 millones de soldados puede llegar a aterrar al mundo. Su industria no puede ser más floreciente, las fábricas se extienden como los hongos para producir géneros mejores y más baratos que en los demás mercados. Esto es debido a la mano de obra, que resulta incompatible con la de los demás países. El obrero chino es hábil y excesivamente sobrio, y así, con un jornal irrisorio, puede vivir perfectamente. Pero hay todavía otro factor importante, y es la unidad del carácter de la raza. El chino permanece siempre chino en todo el mundo y su estoicismo ante la muerte le hace precisamente temible en las contiendas.

Estos son los hechos, y no porque lo dicten los apóstoles intelectuales y eruditos hemos de cometer la torpeza de aventurarnos en el escabroso terreno de discuparlos, sino que la moral anarquista ha de hacer sentir su veto para que en lo sucesivo no se reproduzcan de un modo tan insólito.

COSTA-ISCAR

Caciquismo andaluz

Los caciques y sus servidores, las autoridades, se han propuesto perturbar la buena marcha del Centro Obrero que sostienen los trabajadores de Alhaurín el Grande, y ya lo hubieran conseguido si se tratara de compañeros de menos convicción.

Todos los medios están empleando para conseguirlo: detenciones, registros, visitas policíacas, y por si esto fuera poco, cuando falta alguna cosa en el campo, como su tocayo no les permite dar con los autores, se lanzan como jauras al Centro Obrero a molestar y registrar a los asociados.

Las causas de todo esto es que la burguesía de ese pueblo estaba acostumbrada a manejar a los obreros como si fueran un rebaño; pero como esto ha terminado, y por medio del contacto en el Centro se han dado cuenta de que son hombres y no borregos y están dispuestos a no dejarse domeñar, los patronos no se resignan a soportar este nuevo estado de cosas.

No vacilen los compañeros de Alhaurín y sigan fuertes y firmes, que las autoridades se irán acostumbrando y acabarán por conformarse en vista de que ante la unión del proletariado se estrellarán todas sus ridículas maquinaciones.

***

También en El Rubio (Sevilla) son víctimas los trabajadores de las mismas molestias e intemperancias que en Alhaurín y que en todos los pueblos de Andalucía en que el despertar obrero va efectuándose.

Hay en El Rubio una Sociedad recién constituída y había organizado un mitin para el día 3 del corriente. Al solicitar el permiso para la celebración del acto dieron comienzo las molestias, pidiéndoles los libros y reglamentos para revisarlos. No contentos con esto, pidieron el nombramiento de la Junta y cuando se lo llevaron les dijeron que ya les avisarían si autorizarían o no el acto.

Llegado el día y hora del mitin sin que la Sociedad organizadora del acto recibiera ningún aviso, fueron al lugar designado, donde estaba reunido casi todo el pueblo y las comisiones de Herrera y Osuna, invitadas para tomar parte en el acto.

Apenas el presidente ocupó la tribuna se dirigieron hacia la mesa el cabo de la guardia civil y uno de los concejales, comunicándoles que no el alcalde era quien para autorizar aquel acto, y que tenían que suspender la celebración.

Entonces se trasladaron al local social en el que celebraron el mitin sin que los oradores pudieran ser oídos más que por una parte del numeroso público dada la insuficiencia del local.

Y lo que decimos de El Rubio y de Alhaurín, podríamos decir de todos los pequeños pue